

LP 25/4/58

582

Goya: Revolucionario

por Sebastián Salazar Bondy

Cuando parecía que la gran pintura española estaba agotada tras la serie de genios que diera en el auge del barroco, aparece una figura extraordinaria: Goya. Nacido en Fuentedetodos, en 1746, su vida, dedicada al arte, no sin azares de varia fortuna, culmina en 1828, en Burdeos. Tuvo premios y honores, pero también sufrió persecuciones y desgracias. Su pintura reflejó, con un realismo muy particular, la vida española de su tiempo, pero el carácter documental de sus cuadros está rebasado por el poder de su pincel de trazo libre y desenvuelto, empapado en un color rico, de materia fuerte y cálida. En Francisco de Goya y Lucientes —tal era su nombre completo— se sintetiza el gran poder hispánico de la expresión plástica, que es individual, en cuanto surge de una persona, y social, en cuanto manifiesta el sentir de todo un pueblo.

De Goya hay que hacer una clasificación en cuanto a la índole de la obra. De un lado están sus cuadros religiosos, cuyo misticismo está en honda relación con la vida humana ("Prendimiento de Cristo") y con su vocación populista (el magnífico mural de la cúpula de San Antonio de la Florida, en Madrid). Después hay que separar sus cartones —destinados a tapices— en los que evoca la existencia de las calles, los movimientos de la muchedumbre, la alegría y sencillez de las costumbres de la gente común ("Las lavanderas del Manzanares", "La Gallina Ciega", "Los zancos"), y los cuadros que pertenecen a un orden semejante ("Romería de San Isidro").

En otra serie se pueden alinear los temas de la guerra contra Napoleón, en los cuales, con su vibrante ánimo libertario, protesta contra la violencia de los invasores y exalta el esfuerzo popular por la independencia. Como una de las más notables obras maestras de la pintura universal queda "Los fusilamientos de la Monclova", en donde, en la penumbra, bajo la luz de una lámpara, un grupo de rebeldes es ejecutado por el pelotón francés. Cuadro clásico, bello en su forma y en su fondo, es una muestra eterna del talento goyesco. Su inspiración mágica, alucinada, se trasunta en sus cuadros de pura fantasía (situados en una especie de extremo con respecto a sus telas realistas) que conforman un conjunto aparte, casi surrealista: "La aparición", "El aquelarre", "Interior de manicomio", etc. Por último, hay que hacer referencia a sus retratos, de la más pura estirpe rembrandtiana, unas veces, y otros de una libertad expresiva singular.

Goya grabador —aguafuertista— no fue menos que Goya pintor. Dos series —"Tauromaquia" y "Caprichos"— dan cuenta de su depurada técnica y de su riquísima visión formal. Como dibujante quedan muestras excepcionales. Hubo en su talento drama e ironía, sueño y realidad, vida y muerte, al punto de que en su arte hay mucho de lo que más tarde fue considerado revolucionario.